

El Caballo Encantado de Viña del Mar *(Cuento de Piratas)*



Fernando Olavarría Gabler



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual Nº 25051, Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.

El Caballo Encantado de Viña del Mar *(Cuento de Piratas)*

Fernando Olavarria Gabler

Llovía. A través de los vidrios cubiertos de gotas, se divisaban los oscuros y mojados techos de las casas vecinas y el cielo gris de espesas nubes.

Federico jugaba con sus soldados en la biblioteca de la casa de su tío. Estaba cansado de estar arrodillado y le dolían las piernas. Recientemente había concluido una batalla de los soldados de penacho blanco contra los de penacho rojo y éstos descansaban inmóviles tendidos en el suelo. ¡Qué día más aburrido! En la casa dormían la siesta y a lo largo de la calle sólo se escuchaba el ruido de la lluvia.

La casa del tío estaba en un cerro y la calle bajaba dando curvas hacia la ciudad. De improvviso, allá abajo, se oyó un grito de un vendedor ambulante: ¡Verduras! ¡Verduras frescas! ¿Quiere verduras caseraaa? La voz se iba acercando y también se oía el metálico ruido que hacían las pisadas de un caballo al caminar lentamente por el

pavimento. El niño oyó que se detenían cerca de la casa y una voz preguntó por el precio de la venta.

Federico comenzaba a jugar nuevamente con sus soldados de plomo formándolos en batallón, cuando percibió que golpeaban los vidrios de una pequeña ventana de la biblioteca; alzó la cabeza y vio a un niño más o menos de la edad de él que lo estaba observando. Vestía pobremente, su pelo castaño oscuro chorreaba agua y tenía una chaqueta café plumiza con varios agujeros en los hombros. Sus ojos negros e inteligentes observaban el interior de la habitación. Federico se subió a una silla y abrió la ventana.

-¡Hola!

-¡Hola!, dijo el niño.

-¿Qué andas haciendo por la calle? -preguntó Federico.

-Ando vendiendo verduras con mi papá, contestó el niño.

-¿Cómo te llamas?

-Me llamo Raúl. ¿Esos soldados son tuyos?

-Sí -dijo Federico mirándolos con indiferencia.

-¡Qué bonitos son!

-Dime, preguntó Federico, cuando tú estás aburrido, ¿con qué juguete te entretienes?

-¿Yo?, dijo Raúl, pues yo juego con el caballo de mi papá. Él me lleva a una taberna donde hay unos soldados con casaca roja como los tuyos, también hay piratas y marineros de todos los países.

-¿Dónde queda eso?

-No lo sé -replicó Raúl, -sólo sé que el caballo me lleva hasta allá de noche. Estoy un día entero en ese puerto y después regreso a mi casa. Y creo -manifestó el niño dándose aires de importancia -que uno de estos días me voy a embarcar en uno de esos barcos piratas que están atracados en los muelles.

¿Qué te parece que vayamos ahora a ese puerto extraño?-

preguntó Federico.

-Muy bien, asintió Raúl, sal por la ventana y vamos al caballo.

Federico salió por la ventana y se dirigieron hacia el caballo que estaba cerca de ahí. Era un robusto animal colorado y tenía dos canastos con frescas y hermosas verduras. El padre de Raúl no estaba en esos instantes y esto animó a los niños para iniciar su aventura.

-Bien, dijo Raúl, ahora es cuestión de esperar un momento que el caballo esté distraído para "subirnos dentro de él".

Instantes después, el animal agachó la cabeza para comer un poco de pasto y Raúl, tomando de la mano a Federico, le ordenó:

-¡Ahora, sígueme!

Federico vio que su compañero se dirigía hacia el vientre del animal, abría una puertezuela, daba un salto y desaparecía dentro del caballo, y sin pensarlo dos veces se introdujo él también. Todo era oscuro adentro y no hacía frío. Oyó la voz de Raúl que le decía:

-Por este túnel llegaremos al estómago. Allí estaremos más cómodos.

Federico no veía ni la punta de sus dedos. Había una oscuridad completa. Solamente sentía delante de su cabeza, las piernas y pantalones de su compañero de aventuras. Continuaron gateando hasta llegar a una cámara más amplia y aireada. En esos momentos el caballo empezó a caminar...

Federico no supo cuánto tiempo pasó; de improviso, todas las paredes del estómago se replegaron e impulsaron hacia arriba a los dos intrusos por un tubo resbaloso; el caballo hizo una gran arcada y los vomitó dejándolos caer bruscamente al suelo. Luego inclinó su cabeza y los comenzó a olfatear y a mirarlos con sus ojos llenos de lágrimas a causa de las recientes arcadas.

Llovía y era de noche. La calle estaba cubierta de barro; al frente se divisaban las ventanas luminosas de una vieja taberna.



-¡Llegamos!, exclamó Raúl e invitando a Federico entraron por la puerta principal. En el interior había un mesón iluminado por lámparas de aceite. Alrededor de las mesas estaban sentados soldados de rojo uniforme y varios marineros vestidos en forma muy extraña, pues tenían pañuelos en la cabeza y estaban cubiertos por sucias camisas de colores chillones. Todos bebían, uno de ellos cantaba, y otros, totalmente borrachos, dormitaban sobre las mesas. El humo de las pipas oscurecía el aire y teñía la luz de las lámparas que se esparcía en forma de rayos azules.

Avanzaron y nadie se fijó en ellos; solamente... dos manos enormes y peludas agarraron los cuellos de sus camisas; fueron alzados en un santiamén y puestos bruscamente encima del mesón. Unos ojos vidriosos inyectados en alcohol, los miraban fijamente. Era el dueño de la posada que, haciendo una mueca horrible, les preguntó por qué se habían metido en su taberna. Federico estaba aterrado y

Raúl, con mucho miedo también pero sin demostrarlo, dijo nerviosamente:

-Tenemos mucho frío don Pancho, ¿puedo servirme una copa de ron?

-¿Ron?, ¿ron para ti renacuajo? -dijo el tabernero -a ver, ¿traes dinero?

-Sí, dijo Raúl, metiendo una mano al bolsillo, pero sin sacarla.

-¡Hum! Está bien, aprobó don Pancho, y tu compañero el pelirrojo, ¿qué desea?

-Yo, dijo Federico, deseo un jarabe de guindas.

-¿Qué? -Se oyó una terrible carcajada y un puñetazo en la mesa hizo estremecerse a los dos niños sentados en ella. -¡Oigan muchachos! - exclamó- ¡Su Señoría desea un jarabe de guindas!

-Raúl lo miró alarmado y le dijo en voz muy baja para que no lo oyeran, -no seas tonto, pide lo mismo que yo o nos echarán de aquí.

-Federico tenía deseos de huir, pero dándose ánimo exclamó con una voz que salió algo estridente:

-¡Bueno, si no tiene de eso, deme lo mismo que a mi amigo!

Les sirvieron dos vasos de ron. ¡Ahí tienen! -rugió el tabernero -¡Bébanlo! Los niños se miraron asustados y tomando temblorosos los vasos empezaron a beber cautelosamente. Sintieron que un líquido ardiente les quemaba la lengua y la garganta. Raúl empezó a toser y Federico hacía esfuerzos para no vomitar.

-Salgamos de aquí, balbuceó Raúl y saltando del mesón echó a correr hacia la calle. Federico lo siguió de cerca y tras ellos salieron algunos forajidos gritando:

-¡Atájenlos! ¡No han pagado el ron! Estos hombres eran amigos del dueño de la taberna, quien vociferaba con su voz ronca para que le dieran alcance.

La noche estaba oscura y el caballo había desaparecido. Los

niños huyeron calle abajo y se escondieron detrás de un barril que había en un callejón; los piratas pasaron delante de ellos y después, todo fue silencio. Sólo se oía el ruido del mar y a lo lejos las canciones y las carcajadas de los hombres en la taberna.

Había cesado de llover y una luna llena, grande y redonda, se asomó e iluminó los techos de las casas.

Al fondo estaba la bahía; algunas carabelas atracadas a los muelles de madera se balanceaban y crujían perezosamente. Federico no podía comprender todo este extraño paisaje y tenía la impresión que durante su permanencia en el vientre del caballo, el tiempo había retrocedido unos trescientos años. Las embarcaciones con sus antiguos cañones de bronce, sus velas recogidas y los faroles de aceite en el castillo de popa, les eran conocidos, pues eran semejantes a las de un libro de aventuras de piratas que le había regalado mamá para su cumpleaños. En esto estaba cavilando, cuando divisó un bulto al

fondo del callejón; se arrastraba cerca de la pared y murmuraba algunas palabras que no se alcanzaban a entender. Los niños se miraron extrañados y luego avanzaron sigilosamente hacia él. Descubrieron que era un hombre que estaba borracho durmiendo en el suelo. Era gordo y vestía una camisa azul. Le faltaba una mano; ésta estaba reemplazada por un gancho de acero y la pierna derecha era una pata de palo. En su faja roja y desteñida había un puñal y de un hombro bajaba una correa de cuero que sostenía un sable. Su cara sucia estaba picada de viruelas. Tenía una barba de varias semanas y su nariz aplastada y grandota hacía contraste con sus pequeños ojos legañosos de los cuales se escurrían algunas lágrimas.

-Pobre hombre -dijo Federico -¡qué mojado está! Seguramente se ha quedado dormido bajo la lluvia. ¿Qué te parece Raúl, que lo llevemos debajo de ese alero? Raúl asintió y lo empezaron a arrastrar. A Federico le pareció tocar un botón en la pata

de palo, lo apretó y descubrió con gran sorpresa que se abría una puertezuela dejando una cavidad en el interior del madero.

-¡Mira! -exclamó el niño -he encontrado un compartimiento secreto en la pata de este viejo. Raúl se acercó a observar y hurgando en el interior, sacó una diminuta hoja de cuero cuidadosamente plegada. La desdobló y los niños pudieron constatar que se trataba del mapa de una isla cuyo nombre era *San Lucar* ; abajo tenía la firma de un tal *J.A. Maldrud*. Ambos se quedaron mudos de asombro. Había algo en todo este hallazgo que los encaminaban a grandes aventuras. Federico guardó el mapa en el bolsillo del pantalón y después de espiar en la esquina y constatar que la calle estaba solitaria, empezaron a correr y se alejaron lo antes posible de ese lugar.

Llegaron a la calle principal de la ciudad. Ya era de día y decidieron observar las fachadas de las casas. Una de ellas tenía un corredor con una puerta de vidrios opacos en el fondo. Al pasar los

transeúntes frente a él, sus pasos retumbaban como si vinieran de lejos. Estaban observando todo esto, cuando oyeron una voz aguda a sus espaldas que se acrecentó por el eco del corredor. Dieron media vuelta y se encontraron con una niña rubia de ojos azules, muy bonita, que vestía de celeste. La niña se rió de haberlos asustado y su risa rebotó en las paredes.

-¿Por qué nos has asustado?, le preguntó Federico, con rabia.

-No he querido asustarlos, respondió la niña. Yo vivo cerca de aquí y cada vez que paso delante de este corredor, me gusta gritarle a la puerta de vidrio para oír mi voz más fuerte.

Federico y Raúl volviéndose hacia la puerta empezaron gritar: ¡AAAAA, EEEEEEE, IIIIII, OOOOOOO, UUUUUUU! Y las voces se mezclaban y confundían en un hermoso eco. De pronto, la puerta empezó a abrirse lentamente y apareció ante los niños un hermoso jardín.

-Entremos -dijo Raúl -¡vamos a jugar!

Caminaron sigilosamente por entre prados y frondosos arbustos. Había flores, helechos y árboles de gruesos troncos. El aire fresco y puro estaba impregnado con el aroma de las flores y los niños se sentían muy alegres por haber llegado a este misterioso jardín. De pronto, por uno de los caminos, divisaron a una anciana que se dirigía lentamente hacia donde estaban ellos. Esto los asustó y decidieron esconderse en un prado de margaritas. Allí se quedaron inmóviles y en silencio. Luego oyeron un suspiro y una voz que decía:

-¡Dios Santo! ¿Quién habrá dejado la puerta abierta? Es de esperar que no haya sido un ladrón.

Pasaron algunos instantes y Raúl, impaciente, se asomó por entre las flores para ver adónde iba la anciana. Había cerrado la puerta de vidrio y regresaba por el mismo sendero. Federico y la niña estaban agazapados detrás de Raúl y éste se escondió nuevamente al ver que la

anciana se acercaba hacia ellos, pero tropezó con Federico y cayó al suelo aplastando las margaritas.

-¿Quién anda por ahí?, preguntó la anciana. Hubo un silencio y luego se oyó de nuevo, "a ver Chola, anda a averiguar qué fue ese ruido". Se oyó un ladrido agudo y los niños se dieron cuenta de que un animalito se acercaba hacia ellos por entre los tallos de las flores. De improviso, apareció la cara de una perrita negra que, al verlos, se puso a mover la cola y a ladrar furiosamente. Los niños se sintieron descubiertos y se pusieron de pie avergonzados.

-¿De dónde han salido ustedes? -preguntó la anciana -¿Qué estaban haciendo ahí escondidos?

-Vimos la puerta abierta y entramos a jugar, contestó la niña.

-Bueno, bueno, dijo la viejita, observándolos detenidamente por encima de sus anteojos, acompañenme a la cocina, tengo que sacar un pastel del horno.

Los niños se miraron con alegría y siguieron a la señora que se dirigió a una antigua mansión solitaria que estaba no muy lejos de ahí. Entraron por la puerta de la cocina y la anciana, protegiéndose las manos con un paño, se dirigió a la puerta del horno, la abrió y sacó un enorme y magnífico pastel. Partió algunas tajadas y se las dio a los niños. Estos estaban sentados alrededor de ella y empezaron a comer con gran apetito. Pronto estuvieron satisfechos y la niña, abrazando a la vieja, la besó y le dijo: Cuéntanos un cuento abuelita, mientras nos sirves más pastel. La señora sonrió y mientras les servía otra porción, preguntó: ¿Han oído hablar de las estrellas de mar?

-Sí, -dijo Raúl- yo tengo una en la casa. La pesqué en una roca y después la puse a secar al sol hasta que quedó dura.

-Yo pesqué un "sol de mar", dijo Federico, también lo puse a secar en el patio de mi casa, pero se puso muy hediondo y mi mamá lo echó al tacho de basura.

-¡Bah!, dijo Raúl, todas se ponen hediondas pero hay que aguantar algunos días y después se les va el olor.

La niña fruncía el ceño y no comprendía bien la conversación. Luego, sentándose en la falda de la viejita, le volvió a pedir que empezara el cuento. La anciana comenzó:

Había una vez una niña muy bonita que era huérfana. Sus padres habían sido pescadores; vivía en una humilde casa situada en una playa solitaria frente al mar. Estela tenía varios hermanitos y ella era la mayor.

-¿Quién era Estela?, preguntó Raúl.

-La niña huérfana, dijo Federico, algo molesto por la interrupción.

Una vez Estela...

-¿Cuántos hermanitos tenía?, preguntó la niña.

-Seis, dijo la anciana.

-Shh, dijo Raúl, ¡no dejas oír!

Una vez Estela iba recogiendo leña para hacer fuego y tuvo deseos de...

-Dime, ¿los hermanitos eran muy pobres? ¿Cómo se vestían?, preguntó nuevamente la niña.

-¡Sssshhh! -cállate, que no dejas contar, respondieron Raúl y Federico.

-¡Quiero más pastel! - dijo la niña.

-La perrita negra que estaba dormida a los pies de la anciana, despertó y comenzó a ladrar. Raúl se puso a gritar que quería oír el cuento y Federico se puso a reír. La señora, ahora enojada, los hizo callar a todos y después de algunos ruegos continuó su relato.

Una vez Estela andaba por la playa en busca de leña, entonces tuvo el deseo de encontrar una estrella de mar. Caminó durante varias horas, pero no halló ninguna. Le era difícil darse cuenta de lo que

sentía en su alma; la sobrecogía una intensa emoción y no podía dejar de seguir buscando. Sabía que estaba ya muy lejos de su casa y solamente la rodeaban la tranquilidad del mar, el cielo azul sin nubes y la playa solitaria. El Sol estaba ya alto y silencioso y hacía arder la arena.

De improvviso oyó extraños sonidos, muy suaves, que llenaban el espacio. El cielo y todo a su alrededor se cubrió con una fina neblina, como humo sin olor. El Sol brillaba a través de ésta y parecía una inmensa perla roja giratoria. La niña quedó muda de asombro, entonces alzando los brazos, imploró al cielo protección. La armoniosa y lejana melodía continuaba llenando el espacio, cuando de pronto comenzó a nevar suavemente, pero no era nieve la que caía sino hermosas y pequeñas estrellas de diferentes colores. Había blancas, café claras, celestes y otras café oscuras como chocolate. Después de algunos instantes la playa entera estaba cubierta de ellas.



La niña, alborozada, empezó a recogerlas y a echarlas en la falda de su delantal. También había algunas extraordinariamente brillantes y transparentes, pero éstas últimas eran muy escasas; se echó una de ellas al bolsillo de su vestido y continuó buscando hasta encontrar varias más.

De improviso la música terminó y la neblina se disipó en pocos segundos. Las estrellas se pusieron en movimiento haciendo un ruido ensordecedor, como el crujir de las piedras cuando ruedan bajo el agua. Adquirieron gran velocidad y se fueron hacia el mar. Parecía que toda la playa corría hacia el agua, Estela decidió alejarse de la orilla, pero perdió el equilibrio y cayó al suelo siendo arrastrada vertiginosamente hacia las olas. Nadó en dirección a la playa, pero no podía avanzar. Por último, una inmensa ola la lanzó hacia la orilla y desde allí, casi sin fuerzas se arrastró hacia la arena seca y se desmayó.

Cuando recobró el conocimiento era de noche y se dio cuenta

de que estaba muy lejos de su hogar. No tenía leña para hacer fuego y sus vestidos estaban empapados. El cielo se veía negro y estrellado y entonces recordó su extraña aventura. Se levantó lentamente; tenía mucho frío y le dolía todo el cuerpo. De pronto vio que algo brillaba en su vestido, metió la mano al bolsillo y sacó la hermosa estrella brillante que había guardado. Era la única que había conservado y la iluminaba a ella y a todo a su alrededor. Plena de felicidad se dirigió a su casa y después de algunas horas llegó donde sus hermanitos que ansiosos la estaban esperando.

Al día siguiente, fue a vender la estrella al pueblo y los joyeros, muy asombrados, comprobaron que ésta valía una inmensa fortuna imposible de calcular, pues era del más puro de los diamantes. Uno de los joyeros se la vendió a un rey de lejanas tierras y la niña Estela recibió en pago muchos millones en dinero.

La niña fue muy feliz. Se compró una hermosa casa en la

ciudad, educó a sus hermanitos y nunca pudo olvidar la ayuda que había recibido del cielo por ser tan buena.

-¿Qué fue de ella?, preguntó Federico, bostezando.

-Ahora Estela es muy vieja, contestó la anciana y vive en su mansión rodeada de un hermoso jardín.

-¿Cómo se va a ese jardín?, preguntó Federico.

-Por un corredor; al final de éste hay una puerta de vidrios opacos, respondió la anciana, pero nadie la oyó, porque los niños se habían quedado dormidos.

Atardecía cuando despertaron. Estela y la perrita habían desaparecido, (porque esta anciana bondadosa y rica, era nada menos que Estela, la muchacha huérfana del cuento. Ahora habían pasado muchos años y estaba convertida en una viejecita).

Federico y Raúl salieron al jardín y la niña se puso a lloriquear porque echaba de menos a su mamá. Los dos niños la acompañaron

hasta la puerta y ella, secándose las lágrimas les dio una mirada de despedida y se alejó corriendo hacia su hogar. Federico y Raúl se quedaron contemplándola hasta que se perdió en una curva de la calle y después volvieron al jardín y empezaron a jugar. Estaban corriendo por los senderos que había en los extensos prados, cuando se encontraron con un extraño árbol. Sus hojas eran blanco verdosas como si estuvieran cubiertas de nieve y por entre el follaje se veían varias peras negras.

Raúl se encaramó al árbol, cogió algunas y se las dio a Federico. Cuando se hubo bajado, empezaron a comerlas. Eran extraordinariamente jugosas y su carne, de color rosado, tenía un raro sabor fresco y dulce que jamás habían probado antes. Era una mezcla de ciruela roja y melón y olían a fresas. Nuestros dos aventureros empezaron a sentir una gran alegría interior. Tenían deseos de saltar o hacer piruetas en el aire. Reían a más no poder porque les sobraba

felicidad y energía.

Maravillados del efecto de las misteriosas frutas corrieron a contarle esta nueva a la anciana, pero se perdieron en el frondoso jardín y llegaron por un sendero a una quebrada que terminaba en una pequeña playa junto al mar. Allí había un bote y los niños se subieron a él y comenzaron a remar.

Bogaron mar adentro y pronto se encontraron en el centro de una gran bahía donde había un puerto. El Sol se escondía en el horizonte y el agua mecía intensamente a la liviana embarcación. De los muelles había zarpado un velero, que, aprovechando el viento del atardecer, se alejaba mar adentro con las velas abultadas. En poco tiempo los niños lo pudieron observar de cerca. Navegaba silenciosamente y se inclinaba de un lado a otro. Unos hombres que estaban en la cubierta, afirmados en la baranda, divisaron a los niños en el bote y lo indicaron con el dedo. De improviso el barco giró hacia

ellos y en pocos instantes tomaron contacto. Los sacaron del bote y tomándolos enérgicamente de los brazos, los llevaron a presencia del contraamaestre.

Federico y Raúl estaban cohibidos porque creían que habían descubierto el robo de la embarcación, pero luego comprendieron su captura al encontrarse frente al mesonero de la taberna (donde no habían pagado el ron). Este se rió a carcajadas al verlos de nuevo y como manifestación de su triunfo alzó la mano sorprendentemente para castigarlos con una bofetada. Ésta iba dirigida a las espaldas de Raúl, pero el niño agachándose rápidamente dejó pasar por encima de su cabeza el terrible golpe. El rufián perdió el equilibrio y cayó al suelo gritando horribles blasfemias. Luego, levantándose se abalanzó hacia Federico con la intención de estrangularlo. El niño, asustado, logró en esos instantes soltarse de las manos que lo tenían agarrado y empezó a correr por la cubierta del barco. Raúl también se había escapado

aprovechando la confusión y todos los marineros se pusieron a perseguir a los niños que huían ahora hacia el castillo de popa.

Varios rufianes iban a caer sobre ellos cuando se oyó una voz enérgica que decía, "¡Alto! ¿Qué pasa aquí?". Era el capitán. Los niños jadeantes, se dieron vuelta para conocerlo. Era un personaje largo y flaco, de nariz delgada y curva como la de un ave de rapiña. Una horrible cicatriz le atravesaba el rostro e invadía el ojo derecho, éste lo había perdido debido al tajo. Sus antebrazos, fuertes y musculosos, cubiertos de tatuajes, estaban cruzados sobre el pecho. Su mirada era penetrante y enérgica como la de un águila. Tanto el ropaje como las botas, su sombrero tricornio y el parche que cubría su ojo malo, eran de color negro. De su cintura colgaba una espada y toda su figura inspiraba gran autoridad.

Le explicaron al capitán lo que había sucedido y éste se puso a reír. Se mofó de ellos porque habían sido burlados por un par de niños.



Mandó a llamar al contramaestre y dándole bofetadas en el rostro, lo amonestó por haber provocado toda esta escena. Luego, desenvainando su espada, amenazó a Federico y Raúl, que, asustados ante el aspecto de tan siniestra figura, obedecieron al mandato que les hizo de seguir a uno de los marineros. Éste los llevó por un pasadizo bajo cubierta y los hizo entrar a un camarote. Cuando el marinero cerró la puerta con barra y candado, se dieron cuenta de que habían sido hechos prisioneros.

Así transcurrieron días interminables y ociosos. Los alimentos y el agua se los pasaban a través de una ventanilla enrejada. No había ninguna expectativa de huir. De vez en cuando el viento silbaba fuerte y las olas se introducían por otra ventana que había en el camarote. Los niños observaban el mar a través de ella en busca de algún barco para hacerles señales y pedir ayuda; pero ninguno se divisaba. Y así pasaban los días, cada vez más calurosos y el mar siempre igual. Raúl

y Federico pensaron que estarían navegando ya en el trópico, a juzgar por el intenso y húmedo calor y por el constante revolotear de peces voladores que emergían del agua; éstos con sus largas aletas planeaban un extenso trecho antes de sumergirse nuevamente. Los peces impresionaron profundamente a los niños, mas, después de algún tiempo les eran tan familiares que los miraban con indiferencia.

Todas las tardes el cocinero venía y les daba una paila de greda que contenía los restos del almuerzo de la tripulación y les llenaba un jarro de agua. Esa era toda la alimentación durante el día.

Una mañana, el cielo apareció cubierto de nubes, empezó a soplar un viento huracanado y las olas se encrespaban moviendo al barco en tal forma que los niños apenas podían mantenerse en pie. Pronto se marearon y acostándose en las literas se pusieron a dormir. De improviso se oyó un gran estampido, como un cañonazo. Se asomaron a la ventanilla del camarote y pudieron observar un

hermoso galeón que navegaba junto a ellos con todas sus velas desplegadas. Principiaron a gritar para hacerse oír, pero sus gritos fueron ahogados por varios cañonazos del velero en que iban. El estruendo fue tan grande, que quedaron casi sordos y con zumbidos en los oídos. Al parecer una bala dio en el blanco, pues uno de los mástiles del galeón se desplomó crujiendo con todas sus velas. Esta calamidad fue saludada con feroces gritos de júbilo por parte de los de a bordo.

En algunos minutos, las dos embarcaciones se habían aproximado bastante. Raúl y Federico, muy asustados, observaban ávidamente lo que estaba pasando afuera. En la cubierta del galeón había gran consternación por la caída del mástil. Corrían algunos marineros, y otros, con tensa mirada y sable en mano, esperaban de un momento a otro el abordaje de los hombres del otro barco. Los cañonazos continuaban atronando el aire y hacían terribles destrozos

en ambos veleros. De repente, con un griterío infernal, los tripulantes de la embarcación donde iban los niños, se descolgaron por unas cuerdas y comenzó una lucha cuerpo a cuerpo con los marineros del galeón. Manejaban muy bien la espada y algunos usaban hachas y afilados puñales.

Los niños vieron el feroz combate de cerca y quedaron aterrorizados ante tal carnicería. El capitán combatía con gran destreza y Federico pudo observar que en el sombrero de tres picos que estaba usando ahora, llevaba un conocido emblema: ¡una calavera con dos tibias cruzadas! Entonces, ya no tuvieron duda alguna de que estaban a bordo de un barco pirata y que en esos momentos atacaba a una de sus víctimas.

Los piratas y los del galeón luchaban a muerte; corría la sangre por la cubierta y ya había varios heridos y algunos muertos. Vieron a algunos dando aullidos de rabia y dolor atravesados por la espada de

su enemigo. Más allá, un marinero luchando con un pirata, de un sólo tajo le cercenó el brazo y éste rebotó en el suelo empuñando todavía la espada. Salía la sangre a chorros y la vida se le iba por la enorme herida. Algunos caían al mar y eran devorados por los tiburones cuyas aletas sobresalían del agua y acudían velozmente hacia los desdichados; éstos, dando espantosos alaridos, hacían esfuerzos por mantenerse a flote.

El mar también se teñía de rojo y algunas velas del galeón estaban ardiendo. Raúl vio rodar una cabeza de un tajo mortal que la separó totalmente del cuerpo. Más allá, un pirata se retorció en el suelo tratando de desprender una espada que le atravesaba el vientre y lo tenía clavado a la cubierta.

El ruido de la batalla iba decreciendo, no se oían ya los cañonazos ni las blasfemias de los piratas, sino más bien el chocar metálico de las espadas y los quejidos de los heridos. Finalmente,

terminó la refriega y el galeón fue atracado al barco pirata mediante resistentes garfios y empezó el saqueo. Los niños no pudieron seguir atisbando por la ventanilla pues el casco del galeón quedó junto al de ellos y les impedía mirar hacia afuera. Oían a los piratas que transportaban pesados bultos hacia su velero y también sentían los gemidos de los heridos. El saqueo duró varias horas hasta que de pronto entró luz de nuevo por la ventanilla y Raúl y Federico pudieron observar cómo el galeón, desmantelado e incendiándose, se separaba lentamente del barco pirata.

En esos instantes hubo varias explosiones en la cubierta del galeón, las llamas aumentaron hasta envolverlo totalmente y empezó a hundirse rápidamente hasta que desapareció de la superficie del mar.

Los niños estaban agotados por tantas impresiones vividas en tan poco tiempo. Eran más o menos algunas horas después del mediodía y el barco pirata se balanceaba lentamente. Había amainado

el viento, el cielo estaba despejado y el Sol tropical ardía otra vez cruelmente. En cubierta se oían carcajadas y estridentes canciones. Al parecer los piratas celebraban su victoria embriagándose con ron. Federico y Raúl se tendieron de nuevo en sus camastros y poco después estaban profundamente dormidos. De vez en cuando despertaban sobresaltados por el ruido de arriba, porque los piratas, ahora totalmente borrachos, no cantaban sino que aullaban como bestias salvajes. Había algunas disputas y se oía de vez en cuando el chocar de espadas, mas, a pesar de todo aquello, se quedaron nuevamente dormidos con el suave balanceo del barco.

De pronto, despertaron al oír una voz muy familiar cerca de ellos. Mientras Federico se restregaba los ojos, pensó lo distinta que era su vida ahora, rodeado de hombres brutales y encerrado en esa hedionda y calurosa prisión. Recordó la terrible batalla que había presenciado, los muertos y sus horrorosas heridas, los tiburones y

otras imágenes que lo habían hecho ponerse pálido y sudoroso de miedo.

Cuán diferentes eran aquellos días en que jugaba con sus soldaditos de plomo con penacho blanco y casaca azul, que caían en las batallas sin mutilarse, sin verter chorros de sangre ni ser atravesados por las espadas del enemigo.

Qué agradable era, después de entretenerse con ellos, guardarlos en su caja de cartón que olía a pintura y observarlos cómo estaban muy quietos esperando que su dueño los sacara cualquier otro día para volver a jugar a la guerra. Ahora había presenciado una verdadera batalla, y ésta era muy diferente a las que él se imaginaba. Recordó también la linda niña de ojos azules y rubias trenzas, la alegre y tranquila estaba rodeada de perfumadas y hermosas flores en el jardín de Estela, la anciana de bondadosa mirada. Todas esas escenas estaban ya muy lejos. Pensó en su madre, ¿qué estaría haciendo

ahora? ¿Se acordaría de su hijo que se había perdido ya tantos meses y nada se sabía de él? Todos estos recuerdos le causaron tanta pena que se puso a llorar, pero en esos momentos Raúl estaba despertando y le dio vergüenza que su compañero lo viera con lágrimas en las mejillas y se las secó rápidamente. Mientras lo hacía, se dio cuenta de que todos esos sufrimientos y aventuras lo hacían sentirse no tan niño como antes.

La voz que había oído era la del contramaestre. Estaba completamente borracho afirmado en la puerta y trataba de abrirla con las llaves que le había quitado al cocinero. Tenía deseos de vengarse de los niños y sencillamente los iba a matar a puñaladas para así borrar de una vez la ofensa que le habían hecho.

Después de meter con gran dificultad la llave en la cerradura, abrió la puerta y se abalanzó hacia el interior cuchillo en mano gritando blasfemias. Los dos niños, que se habían dado cuenta del

estado de embriaguez del pirata, lo esperaron detrás de la puerta y Raúl, tomando un banquillo que había en el camarote, lo golpeó en la cabeza dejándolo sin conocimiento tendido en el suelo.

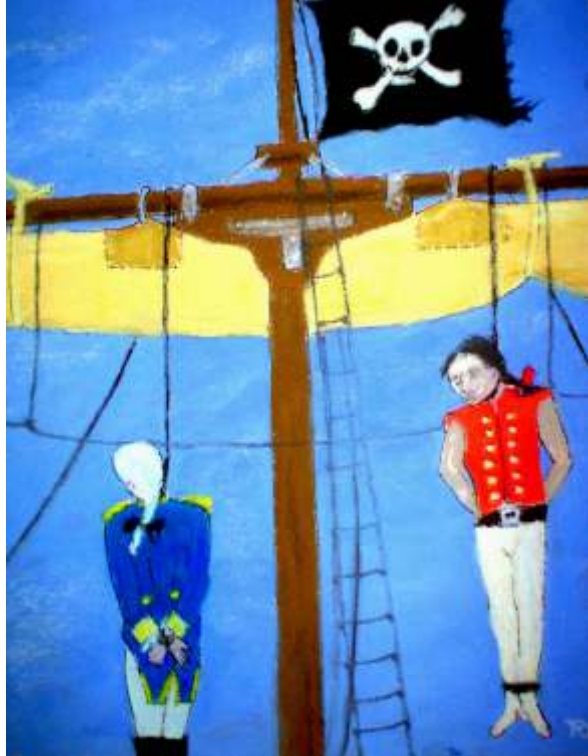
Federico y Raúl no esperaron más; salieron corriendo de la prisión y llegaron a cubierta. Allí se encontraron con los demás piratas que dormían borrachos tendidos en desorden. El velero estaba anclado cerca de una isla que se divisaba por el otro costado. Al parecer era bastante grande y había numerosos árboles cocoteros que crecían en la playa.

El buque se balanceaba lentamente y las cuerdas y maderos crujían en forma lastimera haciendo compañía a los ronquidos de la tripulación. Algunas gaviotas se habían posado en los mástiles y lanzaban sus clásicos graznidos. El cielo estaba azul y el sol tropical llameaba intensamente. Federico miró hacia arriba y un torbellino de sangre helada le recorrió todo el cuerpo. Tuvo calofríos y deseos de

vomitando y un intenso dolor de cabeza le sobrevino repentinamente. Arriba, en el palo mayor, ondeaba la fatídica bandera negra con la blanca calavera y las dos tibias cruzadas, la conocida insignia de los piratas; más abajo, colgaban cinco oficiales del buque vencido, todos ahorcados después de haber sido hechos prisioneros.

El niño, por la impresión sufrida ante escena tan macabra, tuvo un acceso de rabia y miedo por esos repugnantes bandidos y sin pensar dos veces, invitó a Raúl a huir lo antes posible del barco.

En la cubierta estaba amarrado el bote del cual habían sido tomados prisioneros. Lo echaron al agua con gran esfuerzo y remarón hacia la isla. Llegaron a la playa y empezaron a caminar en busca de alguna persona que les ayudara. Cerca de ahí había una aldea cuyas casas eran de ramas de palmera. Se aproximaron con grandes precauciones y pudieron constatar que sus habitantes no se encontraban a esa hora en las chozas. Raúl entró a una de éstas y buscó



algo para comer. En el interior de la habitación estaba hirviendo una olla de barro y se acercaron a ella, pero ¡cuál no sería el horror de ambos al ver que lo que se estaba cocinando eran dos manos, una pierna y la cabeza de un hombre! ¡Éstas subían y bajaban con el hervor del agua!

Federico y Raúl se miraron espantados al darse cuenta de que habían huido de un barco pirata para desembarcar en una isla habitada por caníbales. Nuestros dos aventureros se alejaron rápidamente del tenebroso lugar y se internaron en la selva tropical. El calor húmedo y sofocante era insoportable y se oían extraños alaridos de animales y zumbidos de insectos. De improviso los niños llegaron a una laguna volcánica de aguas cristalinas. Había una pequeña playa de arena blanca y al fondo una montaña rocosa. La selva era tupida en esta zona y se divisaban lindas orquídeas. Otras flores, también muy hermosas, perfumaban el aire con su exquisito aroma. De pronto se oyeron voces

e instantes después aparecieron el capitán pirata seguido por algunos de sus marineros. Traían encadenado y dando tumbos por el suelo a un pobre hombre que se quejaba a todo pulmón. Los piratas lo abofeteaban y le daban puntapiés a medida que avanzaban. El prisionero tenía el rostro cubierto de sangre y los ojos estaban hasta tal punto hinchados por los golpes, que no los podía abrir.

-Dime, ¿hasta cuándo te obstinas en no hablar, Trevor? -le imprecaba el capitán- ¿crees que saldrás con vida de esta isla si sigues desobedeciéndome?

El maltratado se quejaba amargamente y entre sollozos dijo: De qué me sirve decirte, Barracuda, donde está el tesoro. De todas maneras voy a morir. Cuando tú lo desentierres me matarás sin compasión.

Ante estas palabras, los piratas se echaron a reír y empezaron a darle nuevamente de puntapiés. Federico y Raúl observaron que el

prisionero era el marinero que habían encontrado durmiendo en el callejón, allá en el puerto, cuando huían de los bandidos que estaban en la taberna. Seguramente el capitán Barracuda sabía que él tenía el mapa del tesoro y lo había tomado prisionero. Entonces Federico pensó que se hallaban en la isla del tesoro y que ellos tenían el mapa que indicaba dónde estaba enterrado. En esos momentos se oyó una detonación. Era el capitán Barracuda que, exasperado ante la negativa del marinero, había sacado su mosquete del cinturón y le había dado un tiro a quemarropa en la frente. El prisionero cayó de bruces muerto instantáneamente y también cayó uno de los piratas, con el cuello atravesado por una flecha.

Los niños observaron que en ese instante los indígenas atacaban a los piratas y éstos, tomados de sorpresa, se agruparon en círculo. Repentinamente se oyó un griterío espantoso y vieron cómo de entre los matorrales salían decenas de aborígenes desnudos y

ataviados con plumas que, dando terribles alaridos se abalanzaron sobre los piratas.

Hubo una corta lucha cuerpo a cuerpo. Los piratas vaciaron sus mosquetes volteando a los primeros atacantes. Posteriormente, sable en mano, se batieron como fieras acorraladas ante la abrumadora embestida de los isleños los cuales manejaban con gran habilidad sus pesados venablos y hachas. Pero poco duró la lucha y los piratas sucumbieron ante tan numeroso enemigo.

Federico y Raúl observaban la escena agazapados debajo de un espeso matorral y daban gracias a Dios por no haber sido vistos por los salvajes que daban grandes saltos a corta distancia de donde se encontraban. Los caníbales tomaron prisioneros a los piratas sobrevivientes y como demostración de alegría emitieron pavorosos gritos, alzaron los brazos e hicieron cabriolas en el suelo. Algunos de ellos ensartaron en sus lanzas a los piratas muertos y los cargaron

sobre sus hombros para cocinarlos y comérselos en la aldea.

Pronto quedó el lugar en silencio, cubierto con los muertos en la refriega. Los pobres niños no podían sacar el habla del miedo que les había producido todo aquello, pero pronto Raúl, serenándose, se puso a hablar en voz baja sobre las posibilidades que tenían de salir de esta isla infernal. Federico estaba como aturdido y no deseaba moverse de su escondite. Algo le molestaba en el pantalón después de estar tanto tiempo agazapado sin mover un músculo. Metió la mano al bolsillo y sacó el famoso mapa que habían robado; lo desplegó y empezó a estudiarlo. Le llamó la atención una cruz que estaba dibujada al lado de una laguna y más allá una montaña cuyo nombre era "La montaña de la calavera". Federico alzó la vista hacia la montaña que se divisaba al fondo y grande fue su asombro, al observarla con mayor detención, que ésta tenía la forma casi exacta de una calavera! Entonces se dio cuenta de que estaba en la isla de San

Lucar y en el lugar mismo donde estaba enterrado el tesoro. Ese era el motivo por el cual el buque pirata había llegado hasta allí y el por qué de la escena que habían presenciado. El capitán había tomado prisionero al marinero para que le diera noticias del escondite del tesoro, pero éste había muerto con su secreto. Ahora ellos eran los únicos que sabían donde se encontraba.

Todo esto se lo dijo a Raúl con gran entusiasmo y él estuvo de acuerdo. Después de un momento de vacilación, los dos niños salieron de su escondite mapa en mano, decididos a ubicar el punto preciso donde deberían cavar para encontrar el tesoro. Compararon el mapa con el paisaje y llegaron a la conclusión que éste estaría enterrado en la playita de la laguna, algunos pasos más allá. Raúl fue en busca de un venablo de un indio muerto y con la ayuda de Federico empezaron a remover la arena. Mientras estaban preocupados en esta tarea, se oyeron unos cañonazos que se repetían cada cierto tiempo. Los niños

se imaginaron que el velero pirata, al saber la noticia del aprisionamiento del capitán y sus compañeros, se dedicaba a bombardear la aldea de los caníbales.

Estaban en estas meditaciones cuando la punta de la lanza que utilizaban para cavar, sonó al encontrarse con algo metálico. Mientras sacaban la arena removida, el corazón les palpitaba con fuerza por tanta ansiedad. En pocos instantes descubrieron la tapa de una caja de hierro. Emocionados, la limpiaron de arena y después de dar recios golpes en la chapa abrieron el codiciado baúl. Lo que vieron los dejó con la boca abierta, pues el cofre estaba repleto de finísimas joyas elaboradas con topacios, rubíes, esmeraldas y brillantes. Además había collares de perlas y doblones de oro macizo.

Los niños estaban mudos de felicidad y admiración e insensibles a los cañonazos que se oían desde el mar.

-Es lógico -dijo Federico- que si salimos de esta isla nos será



106

imposible llevarnos todo este tesoro, ¿qué te parece Raúl que nos llenemos los bolsillos con lo que más nos guste y nuevamente volvamos a echar arena encima hasta una próxima ocasión?

Así lo hicieron, se llenaron los bolsillos de oro, diamantes y otras piedras preciosas, enterraron el baúl y se dirigieron a la selva. Después de caminar por un tortuoso sendero llegaron a la playa y empezaron a caminar a lo largo de ella. El Sol quemaba bastante; entonces decidieron ir a descansar a la sombra de unos cocoteros, pero cuando llegaron allí enorme fue su espanto al ver debajo de éstos a cuatro esqueletos calcinados por el tiempo y cubiertos de harapos. Uno de ellos tenía una botella en la mano y en la corteza de uno de los cocoteros había una larga leyenda tallada a cuchillo que decía así:

"Aquí fuimos abandonados el 24 de Julio del año 1687. Siendo yo capitán del Alondra, junto con mis dos oficiales, el contramaestre y

un marinero; ellos estuvieron fielmente a mi lado en el motín de la tripulación, ocurrido el 12 de Julio y comandado por el perverso Steefs, segundo oficial de a bordo. Este reconocido pirata se hace llamar Barracuda por sus secuaces...

Al saber que llevábamos unas joyas de las Indias para Su Majestad, amotinó a la tripulación y nos dejó en este solitario lugar para que pereciéramos de hambre y locura, pero previniendo los hechos, enterré las joyas en esta isla antes de que sobreviniera el motín".

Más abajo estaban los nombres de:

J. A. Maldrud, capitán

S. Robinson, 1er. oficial

A. Strong, 3er. oficial

R. Mice, contramaestre

D. Trevor, marinero



Federico y Raúl estaban impresionados ante los cuatro esqueletos blanqueados por el Sol. Seguramente habían muerto de hambre huyendo por la selva para no caer en manos de los salvajes y el único que había sobrevivido era Trevor, el marinero. El famoso Barracuda era un oficial amotinado que había dejado a su capitán y compañeros en esta isla después de apoderarse del mando del barco y tratar de robarles el cargamento con joyas; y ¡el tesoro que había enterrado el capitán Maldrud, era el que ellos habían descubierto!

Pobres niños, cómo les apenó la vista de los esqueletos. Comenzaron a caminar nuevamente por la playa con pasos vacilantes por el terror y esperando ser sorprendidos de un momento a otro por los caníbales.

Llegaron a una solitaria bahía de tranquilas aguas y agotados por tantas emociones se tendieron a dormir entre unos matorrales cerca de la playa.

Serían las cuatro de la tarde cuando Federico despertó sobresaltado con una sensación eminente de peligro. Remeció a su compañero y éste abrió los ojos inmediatamente. Federico le manifestó sus inquietudes y fue tal el pánico que les invadió, que decidieron trepar lo antes posible a un gigantesco árbol.

Llegaron jadeando hasta una gruesa rama situada a una respetable altura; allí se sintieron tranquilos y se acomodaron a sus anchas ya que había bastante espacio para ellos dos. Todo era silencio alrededor, solamente se oía el ruido del pequeño oleaje de la bahía que reventaba pausadamente sobre la arena... De improviso se oyó un leve crujido entre los matorrales a poca distancia del árbol donde estaban escondidos, y entonces aparecieron por entre la maleza gran número de salvajes. Era asombroso ver cómo se movían lentamente, cual fantasmas, sin hacer crujir ni una hoja. Se reunieron en la playa y se pusieron a observar las huellas que habían dejado los niños. Las

estudiaban con atención, algunos las olfateaban y medían con los dedos. Otros discutían dando gritos y hacían gestos con la cara y los brazos. Federico y Raúl veían de cerca a los caníbales por segunda vez. Sus caras pintarrajeadas y sus dientes limados y amarillentos denotaban su brutal ferocidad. Algunos llevaban pedacitos de huesos puntiagudos ensartados en las orejas y narices. Los cuellos y brazos estaban adornados por collares y brazaletes hechos de pequeños caracoles rosados y blancos. Usaban un taparrabo de fibras y portaban los mismos escudos, arcos, flechas y lanzas que aquellos que habían atacado al capitán en la laguna donde estaba el tesoro.

Repentinamente los salvajes miraron hacia el mar y corrieron a esconderse. Los niños podían ver desde arriba, cómo estaban agazapados con los músculos tensos, listos para atacar. Algunos cargaron sus arcos con flechas y apuntaron hacia el horizonte. En esos instantes se oyeron unas voces que venían del mar y apareció una

lancha cargada de marineros y un oficial.

Remaban vigorosamente e iban a desembarcar en la playa. Los salvajes estaban con sus arcos listos para disparar. La barca atracó en la arena y Federico, sin poder contenerse, gritó a todo pulmón: ¡Cuidado, hay caníbales emboscados que los van a atacar!

Los salvajes quedaron sorprendidos. Uno dio un alarido y otro disparó con su arco sin dirección. Los marinos oyeron la advertencia y se pusieron en guardia. Salieron los salvajes haciendo un gran griterío y los marineros empujaron el bote hacia el agua nuevamente mientras recibían con una descarga cerrada de sus arcabuces a los primeros atacantes que corrían en grupo compacto hacia ellos. Cayeron doce y pronto se repusieron y atacaron en masa. Empezaron a llover las flechas y los venablos, pero ya la lancha estaba lejos de la orilla.

Entonces los marineros, con calma, empezaron a defenderse de las flechas que llegaban y respondieron de nuevo con otra descarga



que mató a un número parecido de salvajes. Daba la impresión que no erraban ningún tiro, y los niños, que no habían sido descubiertos, observaban alborozados tan sangriento encuentro. Instintivamente se habían dado cuenta de que estos marinos no eran piratas porque atisbando hacia el horizonte habían divisado un hermoso galeón que llevaba una bandera desconocida para ellos.

Pronto la masacre de indígenas fue considerable y algunos hombres de la lancha empezaron a disparar con ballestas que hicieron blanco con gran precisión. Ante este nuevo contraataque, los salvajes sobrevivientes huyeron totalmente derrotados internándose en la espesura de la selva. Los de la lancha desembarcaron y varios de ellos avanzaron para continuar la lucha pero no obtuvieron resistencia. Entonces se replegaron. Mientras algunos sacaban unos barriles vacíos y se dirigían a un arroyuelo de agua dulce que desembocaba en la bahía, otros se apiñaron junto a un compañero herido por una flecha

que le atravesaba el pecho. Esa era la única baja que habían tenido los marinos; el hombre estaba muy grave y agonizaba.

Los dos niños bajaron del árbol y corrieron hacia el grupo que los recibió con gran sorpresa. Federico le contó al oficial con la voz entrecortada por la emoción todas sus aventuras y finalmente, cómo habían dado la voz de alarma. Los marineros los abrazaron agradecidos de aquella advertencia salvadora y los levantaron en sus robustos brazos dejándolos caer en manos de otros. Esto alegró mucho a los niños al sentirse protegidos, porque hacía ya mucho tiempo que estaban desamparados y constantemente rodeados de peligros. El oficial les dijo que pertenecían a un buque de guerra español que volvía de las Indias; ese día habían divisado a la isla en el horizonte y decidieron desembarcar para abastecerse de agua. Conocían al famoso pirata Barracuda ya que en dos ocasiones se habían encontrado en el mar con él, pero como el galeón de guerra español era

más poderoso, el bucanero no se había atrevido a presentar combate.

Finalmente, se determinó que un grupo iría en la lancha hacia el buque, llevando al herido para que fuera atendido por el cirujano de a bordo y otro grupo se encaminaría hacia el lugar del tesoro para desenterrarlo y llevárselo, pues la quinta parte correspondía al rey y el resto a todos ellos. Después de estos acuerdos emprendieron la marcha.

Atardecía cuando llegaron al sitio del tesoro. Lo desenterraron y regresaron nuevamente a la bahía donde los esperaba la lancha para llevarlos al barco. Allí fueron presentados al capitán del galeón y en su camarote separaron la quinta parte para el rey y el resto lo dividieron en pequeños montones para repartirlo a la tripulación. Esa noche hubo gran júbilo en el galeón español; algunos festejaron el acontecimiento bebiendo vino, que se repartió en jarras y otros jugaron su parte a los naipes.

A media noche entró el capitán con sus oficiales al camarote de los niños; éstos estaban durmiendo rendidos por tantas emociones. Los despertaron y les preguntaron dónde creían ellos que podía estar el barco pirata. Federico sacó el mapa del bolsillo del pantalón y les indicó, calculando por el sitio del tesoro, el lugar donde se encontraría la aldea indígena y el barco pirata. El capitán, estirando el mapa entre sus manos y alumbrándose con un farol que sostenía un oficial, estudió detenidamente el contorno de la isla y decidió atacar al amanecer.

Qué bien durmieron los niños el resto de la noche, vencidos por el lento vaivén de las olas y el suave crujido de madera del galeón español. Amanecía, cuando se dieron cuenta de que el barco estaba navegando. Federico, asomándose por una ventanilla, observó que estaban rodeando la isla. De repente, a lo lejos, se oyó una detonación y el niño poniéndose rápidamente los pantalones corrió a cubierta para

ver qué pasaba. A cierta distancia se veía el buque pirata que era atacado furiosamente por las piraguas de los isleños.

La nave española se dirigió hacia el sitio de batalla colocándose entre el barco pirata y la playa donde estaba la aldea.

Empezaron entonces a funcionar los cañones del costado del barco español. Eran tres hileras y hacían un ruido infernal. Corrían los artilleros llevando con tenazas enormes bolas de hierro. Algunos las calentaban al rojo y las echaban por la boca del cañón que disparaba sin necesidad de mecha. El barco pirata poco podía responder a tan encarnizado fuego, porque además tenía que luchar contra los salvajes. Éstos a su vez recibían por un lado el cañoneo del galeón español y por el otro, la lucha cuerpo a cuerpo con los piratas. Por el otro flanco, Federico observó cómo se bombardeaba a la aldea indígena. Las chozas eran despedazadas y los caníbales sobrevivientes huían despavoridos.

Ante tan mortífero fuego, el barco pirata empezó a hundirse y de súbito una de las balas penetró a la bodega de pólvora; Federico y Raúl (que había despertado y subido también a cubierta) quedaron enceguecidos por un relámpago silencioso, minutos después hubo un estruendo tan formidable, que la cubierta donde estaban se estremeció como si estuviera temblando y todos los que estaban allí cayeron al suelo por el golpe de aire brusco y violento que hizo girar algunas velas e inclinarse al galeón peligrosamente. Volaban por el cielo pedazos de maderos rotos, piraguas destrozadas, brazos, piernas, jirones de velas y cordeles encendidos. Después, un espeso humo lo envolvió todo y sobre la nave española comenzaron a caer algunos de estos restos. Los marineros treparon presurosos por las escalas de cuerda para apagar esos despojos e impedir que se incendiaran las velas.

Del buque pirata sólo quedaron unos humeantes escombros

que desaparecieron en pocos segundos bajo el agua. Por aquí y por allá, entre las piraguas destrozadas que aún flotaban, se veía algunos desesperados sobrevivientes a tan terrible explosión.

La aldea indígena estaba incendiándose debido al bombardeo del buque español y a los pedazos de maderos en llamas que habían volado en todas direcciones. A Federico le zumbaban los oídos y estaba totalmente sordo; sin embargo le pareció oír el comentario que hacía un oficial sobre el gran cargamento de pólvora que tenía el barco pirata.

Una vez apagados los tizones encendidos que cayeron sobre el velamen y la cubierta, el capitán don Rodrigo, dio orden de desembarcar en la aldea y pasar a cuchillo a todo salvaje sobreviviente. Se oyeron unos ladridos y debajo del puente sacaron a dos mastines que aullaban furiosos mostrando sus colmillos. Los embarcaron junto con unos soldados y ballesteros y comenzó así el

segundo ataque a la isla.

En la playa se estableció una persecución furiosa contra los caníbales que huían desesperados hacia la selva, mas, eran alcanzados por los perros que les arrancaban las pantorrillas a mordiscos; otros murieron con la garganta destrozada. El capitán, acompañado de algunos oficiales y soldados, inspeccionó la aldea en ruinas reducida a humeantes escombros y por segunda vez los niños, que acompañaban a este grupo, pudieron observar con repugnancia, miembros y cabezas humanas flotando en enormes calderos destinados a la comida del día. En uno de éstos, Raúl descubrió con horror que una de las cabezas que flotaban en el caldo pertenecía al capitán Barracuda. Triste fin para el cruel pirata... Bien se lo merecía. En una de las chozas que estaban aún en pie, los españoles descubrieron a tres piratas más; éstos se encontraban prisioneros, seguramente en espera para servir de alimento en un próximo festín. Los pobres lloraban como niños

implorando perdón y pidiendo que los librasen de sus ligaduras y que no los mataran, pero el capitán don Rodrigo hizo llamar a un sacerdote que viajaba en el barco para que estos infelices se confesaran de sus pecados y prometió "librarlos" de tanto sufrimiento. Esa misma mañana fueron ahorcados en unas palmeras.

Terminada la terrible venganza, se dio orden de embarcar y seguir viaje, pero antes, a petición del sacerdote, fueron enterrados los tres ahorcados en una fosa común, junto con los miembros que se encontraron en las cazuelas.

Pronto la detestable isla del tesoro se perdió de vista y Federico, suspirando hondamente, pensó que estas sangrientas aventuras habían terminado.

Los días siguientes fueron muy felices para los dos niños. Después de algunas semanas de navegación, llegaron a un puerto que, con gran asombro de los pequeños aventureros, era el mismo del cual

habían salido.

El galeón seguía su ruta y Federico y Raúl, despidiéndose del valeroso capitán don Rodrigo, desembarcaron allí, llevándose cada uno la parte del tesoro que les correspondía. Ésta consistía en gruesos y pesados doblones de oro y unos cuantos diamantes tan grandes como un garbanzo.

Como estaban ociosos y no tenían hambre, decidieron ir a la playa cerca del embarcadero para jugar en la arena. Pasaron frente al muelle y después por un mercado y cuál no sería su sorpresa, cuando vieron a la niña rubia de ojos azules tomada de la mano de su mamá que andaba haciendo compras esa mañana acompañada de una sirvienta. Los niños corrieron hacia ella y la saludaron alegrándose mucho de encontrarla nuevamente. La niña les preguntó dónde habían ido y les ofreció una manzana a cada uno. Los niños aceptaron gustosos el regalo y dando frecuentes mascadas a las manzanas le

contaron entusiasmados todas sus aventuras. Después, Raúl metió la mano al bolsillo y sacando una hermosa esmeralda le dijo: Toma, es un regalo que te traigo. Dile a tu mamá que le ponga una cadenita para que te la cuelgues al cuello. La niña quedó maravillada con la joya y dando las gracias se alejó corriendo porque su mamá la estaba llamando. Los niños se miraron, sonrieron significativamente y mascando sus manzanas, continuaron paseándose por entre los puestos de mercancías, sin tener nada importante que hacer.

-Deseo ir a casa -comentó Raúl- ¿dónde estará mi caballo?

-¿Qué te parece que lo busquemos? -respondió Federico. Se dirigieron a unas carretas cargadas de verduras donde había varios caballos, pero el de Raúl no estaba allí y los niños lo buscaron toda la tarde sin encontrarlo.

Aburridos, se internaron en un bosque que había en las afueras de la ciudad. Estaban sentados descansando, cuando de improvisto

oyeron un relincho, Raúl se levantó y echó a correr hacia la espesura porque había visto que su caballo estaba pastando cerca de una acequia. Los niños trataron de acercarse pero el caballo se les escapaba y no se dejaba coger. Cansados, se sentaron un rato a observar cómo el caballo, libre todavía, parecía reírse de ellos. Esto los puso furiosos y Raúl, tomando una piedra, se la tiró a las ancas. El caballo molesto por este gesto, se alejó al trote y desapareció entre los árboles.

Llegó la noche. Decidieron ir a comprar algunos alimentos al mercado de la ciudad y encender una fogata en el bosque para dormir allí. Así lo hicieron y después de asar un pedazo de carne y comer pan y frutas se quedaron dormidos alrededor del fuego.

A medianoche se oyeron unas voces y aparecieron tres ladrones que venían a ese lugar a repartirse el producto de sus ganancias. Al ver a los niños dormidos decidieron inspeccionar sus

bolsillos para ver si tenían algún dinero que robarles y fue grande el asombro de uno de ellos cuando después de introducir la mano en uno de los bolsillos de Federico sacó un hermoso doblón de oro macizo. Fue tal la exclamación de júbilo que dio, que los niños despertaron y al verse en este peligro echaron a correr. Detrás siguieron los ladrones, pero los niños, como eran pequeños, pudieron escabullirse entre las ramas tomando algo de ventaja.

Enfilaron por un sendero y se dirigieron hacia el pueblo a todo lo que les daban las piernas. Los bandidos los seguían de cerca y cada vez se hacía más corta la distancia que los separaba. Los niños afligidos y muy cansados se daban cuenta de que muy pronto les darían alcance; de improvisto, en un terreno despejado, Raúl divisó a su caballo que estaba pastando tranquilamente. ¡Vamos a él! -gritó a su compañero- mientras corrían a toda prisa. Una vez al lado de éste decidieron montarlo. Mientras Raúl trataba de montarlo, a Federico se

le ocurrió introducirse nuevamente en el interior y dando un salto -no se acuerda cómo- se encontró adentro de su vientre.

-¡Raúl, Raúl! -gritó desesperado -métete tú también. Pero lo único que oyó fue un interminable eco de voces que repetían sus palabras mezclándose en distintas formas como si hubiera gritado en el interior de una inmensa catedral. De repente oyó jadear a alguien como si estuviera trepando y grande fue su alegría cuando se acercó su amigo y se sentó a su lado. Afuera se oían gritos sordos que parecían ser de los bandidos. Uno de los ladrones empezó a golpear con un palo al caballo encantado; éste comenzó a galopar y a dar coses y el ladrón recibió una feroz patada en una pierna. Los otros dos, cansados de correr, no pudieron atajarlo y el caballo se alejó de ese lugar trotando ahora perezosamente. Luego siguió al paso y anduvo y anduvo, no se sabe cuánto... Los niños, en un principio bastante zarandeados por la persecución, pronto se quedaron dormidos con el suave balanceo de su

tibio carruaje. Despertaron mucho tiempo después con las fuertes arcadas del animal que los trataba de vomitar. En una de éstas, salió Raúl y luego Federico fue arrojado con gran brusquedad. Los niños se encontraron en el pavimento frente a la casa de Federico.

Atardecía. El caballo los contemplaba estúpidamente y pronto se repuso de sus vómitos. Raúl le acarició la nariz y juntando su cara con la de él, le agradeció por haberlos salvado de los ladrones y traído nuevamente a casa. Federico se despidió de Raúl el cual se fue con el caballo a su casa donde seguramente lo estaría esperando su padre que estaría bastante angustiado por haber perdido caballo e hijo.

Federico entró sigilosamente por la puerta de calle y se dirigió a la cocina. ¿Cuánto tiempo había estado afuera? ¿Se acordarían de él? ¿Lo habrían dado por muerto o desaparecido? En eso estaba pensando cuando oyó los ladridos de su perro Duende que lo saludaba. Estaba amarrado con una cadena a su casucha. Federico lo acarició y lo libró



de la cadena. Duende principió a ladrar de felicidad y a lengüetearle las manos y el rostro, como si hubiera sido siglos que no lo veía.

El niño estaba extrañado. ¡Siglos, siglos! Quizás dentro del vientre de ese caballo había viajado retrocediendo a través del tiempo y llegado a una taberna del siglo XVII. Quizás... ¡Era tan raro todo lo que había pasado!

Divisó a su mamá en la cocina y corrió hacia ella. Estaba preparando un guiso porque era hora de cenar. Sin mirarlo siquiera, le dijo: Federico, todavía no te has acostado, ¿dónde andabas? ¿No te he dicho que no salgas a la calle cuando llueve porque te puedes resfriar? ¡Vamos, anda a guardar tus soldados de plomo, niño desordenado! Los dejaste allá en el escritorio de tu tío; y después: ¡A la cama! ¡Pronto, que es tarde!

Federico no comprendía cómo había estado tantos meses fuera de su casa y parecía que sólo había salido algunas horas. En efecto, allí

estaban sus soldaditos, tendidos en el suelo como él los había dejado. Ni una capa de polvo había en sus uniformes. Los guardó lentamente. Le agradaba el olor a pintura y cartón que salía de la caja. Mientras los recogía, meditó nuevamente la diferencia entre las batallas que él hacía con ellos y todos los horrores que había presenciado en sus pasadas aventuras con los piratas. Subió la escalera con su caja debajo del brazo y se acostó.

Duende había subido también y se echó en una alfombra al lado de la cama. De pronto, el niño pensó si no habría sido todo un sueño, pero metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón, sacó las hermosas joyas y las monedas de oro. ¡Todo había sucedido de verdad y además poseía una fortuna!

Subió mamá al dormitorio y Federico le mostró las joyas; ésta quedó admirada. El niño le contó cómo las había obtenido pero la mamá no le creyó y se puso a reír.

Al día siguiente, se reunió la familia e interrogaron nuevamente al niño, pero Federico, ya molesto con tantas preguntas y al ver que nadie le creía su aventura, se encogió de hombros y dijo que se las había encontrado. El tío puso avisos en los periódicos e informó a la policía local, pero como nadie respondió a las averiguaciones optó por entregárselas a la mamá. La señora se las devolvió a su hijo, quien se las regaló a mamá nuevamente haciéndola muy feliz y ella las guardó en su cofre de joyas para ponérselas en los días de grandes fiestas.

¿Y Raúl?

Recibió varios azotes por arrancarse con el caballo y las verduras y haber dejado a su padre con un repollo en la mano, que era el que estaba ofreciendo cuando los niños habían escapado.

Después de castigar a su hijo, lo mandó a la cama dejándolo sin comer esa noche, luego comenzó a quejarse de lo mal que le había ido

en la venta ese día por la torpeza de Raúl. El niño, sintiéndose culpable y compadecido de su papá, le mostró las joyas que había traído. Éste se quedó mudo de asombro y al día siguiente fue donde un joyero para evaluarlas. El joyero quedó tan maravillado como él y le dijo que valían mucho dinero. Eran joyas finísimas y muy antiguas. El padre de Raúl las vendió al joyero y éste le pagó varios millones. Con ese dinero compró un local comercial en el centro de la ciudad y como era honrado y muy trabajador, el negocio progresó día a día y fue pronto un hombre muy rico.

Raúl fue feliz y tuvo todos los juguetes y cosas que un niño bueno puede desear.

Una mañana se encontraron los dos amigos; comentaron las pasadas aventuras y recordaron los enormes peligros que habían vivido juntos. Raúl le contó a Federico que un día el caballo se había ido. Después de saltar la cerca de la caballeriza no lo pudieron

encontrar. Duende estaba con ellos y escuchaba la conversación con gran interés. No es de extrañarse, pues díganme ustedes, ¿acaso alguien duda de que los perros comprenden las palabras de sus amos?

Fin



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 25051. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.

Las asombrosas Aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos.

1. Federico
2. Juanita y el Duende Negro
3. Alejandra y el Brujo de los Calzones Morados
4. Una Vida, Cien Vidas, Infinitas Vidas. El Pato Gordo y el Pescador
5. La Puerta Transparente
6. Mariela
7. Rodrigo y el Hospital de las Brujas
8. El Payaso
9. Un Misterioso Plato de Miel
10. La Gallina de las Tripas de Bronce
11. Miguelina
12. La Caperucita Rosada
13. Tarari Tarará
14. Fortunata y el Príncipe de los sapos
15. Ingrid y los Siete Gansos
16. La Flauta de Oro
17. El Cumpleaños de Cristina
18. Una Voz en el Bosque
19. El Caracol Nacarado
20. Anabella y el Duende Azul
21. Extraño Viaje
22. Pin Pin
23. La Bruja Roja y el Sastrecillo Mentiroso
24. El Caballo Encantado de Viña del Mar
25. La Muñequita
26. El Príncipe Rojo
27. El Valle del Brujo Blanco
28. El Hada Azul
29. La Grandiosa Sinfonía de la Niebla y la Hija de la Música
30. El Baúl de las Hadas
31. La Receta de Cocina
32. Los Invasores
33. Monsieur Le Coucourouch
34. El Gato de Camila y las bellísimas Chinchillas
35. Un regalo para la princesita
36. La Misteriosa casa de Under
37. La Fiesta de la Cebolla
38. La Imagen de la Bruja Elevada a la Séptima Potencia
39. El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarina
40. Marietta
41. El Salterio Volador
42. Adelina